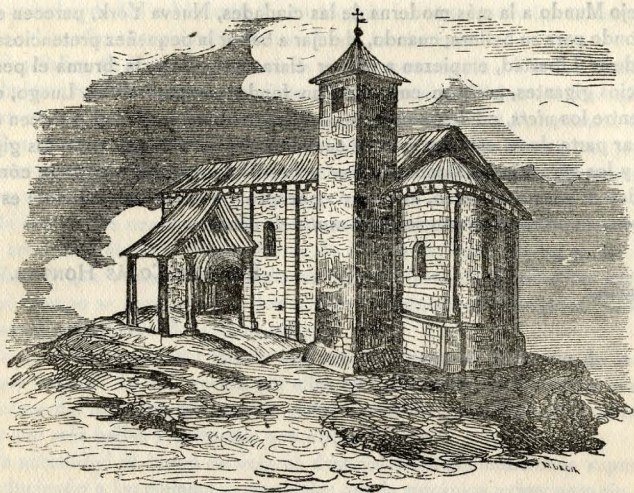




La iglesia destruida de San Miguel, en Medina de Rioseco.

Medina de Río seco, la capilla de los Benavente y unos edificios destruídos

Un tren pequeño y primitivo, de coches desvencijados que parece no van a poder llegar a su destino, arrastrados por una máquina ante la cual evocamos grabados y fotografías de hace cincuenta años, recorre los 44 kilómetros que separan Valladolid de Medina de Río seco, en tierra de Campos. La estación de la capital castellana más bien semeja vivienda particular que oficina de servicio público. Todo en aquel ferrocarril es pequeño, casero y humilde.

Fatigosamente va subiendo el tren al páramo de la Mudarra, tierra llana y alta en la que el viento ejerce continuo señorío. Antaño esta gran meseta estaba poblada por el monte de Torozos, cuya espesura fué famoso cobijo de bandidos. No es su suelo, desabrigoado y sin agua, propio para el desarrollo de prósperas asociaciones humanas; pero está tan arraigado a él el labrador castellano, que se acoge obstinadamente a las barrancadas que cortan la meseta, en su hondura establécese en pueblos miserables (La Mudarra, Castromonte, Villanubla, Peñaflor, Bamba...), viviendo en ellos una existencia trabajosa en lucha con la tierra infecunda que apenas da para mal comer. Desde esos pueblos fué cortando encinares y robledales, descuajando el bosque secular que cubría el páramo, dejando tan sólo como recuerdo de él, pequeñas extensiones de monte bajo, y roturando esas tierras

empeñóse en producir trigo en sitio donde la Naturaleza era poco propicia a ello. Hoy, en toda la tierra de Campos, quémase paja para el hogar, ya que la madera no existe.

Cruzan por el páramo rebaños de ovejas conducidas por pastores de capa parda y fiero mastín, y algún labrador, que va de pueblo a pueblo, envuelto casi todo el año en mantas y bufandas, hurtando el cuerpo al frío, pasa arreando su borriquito.

Baja el tren de la meseta, para llegar a Medina, a la cuenca de un río que, paradójicamente, llámase Sequillo. De la villa sobresalen las fábricas imponentes de varios templos, cuyas torres y bóvedas elévanse a considerable altura sobre el caserío. Para éste parecen excesivas las iglesias y escaso el río; la agricultura de la comarca, aunque la tierra de Campos goza de hiperbólica fama de fecundidad, no justifica la riqueza empleada en aquéllas.

En todo tiempo padecióse allí hambre abundante, según atestiguan los libros de *Acuerdos* del antiguo *Regimiento* (1). De algunos años hay noticia que ni siquiera se recobraba el trigo sembrado, y bastantes hubo que llevarle de otras comarcas para el sustento de la villa.

La posición que ocupa en un cabezo insignificante, al borde de un arroyuelo, tampoco explica lo dilatado del caserío. Medina de Ríoseco no se acrecentó por su posición geográfica, ni adquirió tal importancia por la riqueza de su suelo, ni por la industria de sus habitantes; desde antiguo la voluntad de reyes y magnates gobernóla a su albedrío, y, artificialmente, creóse un centro comercial importante en lo que era una modesta aldea destinada a obscura existencia.

Un busto romano, de personaje bárbaro, encontrado en Ríoseco, hoy en el Museo de Valladolid, remonta la existencia de la villa a los primeros siglos de nuestra Era. Aparece luego su nombre a partir del siglo X unido a Memorias religiosas de escasa importancia. En 1301 dió el Rey Medina al infante D. Juan, con otros lugares, para que renunciase al señorío de Vizcaya; Alfonso XI la cedió a su dama como prenda de amor, y Enrique II a su cuñado, D. Felipe de Castro, como regalo de bodas. «Pocos omes e simples» eran los del Concejo de Medina, en tiempo de este Rey. Pasó luego a poder de los Enríquez, almirantes de Castilla, y bajo el dominio de éstos comenzó su gran prosperidad en 1477, merced a haber declarado libres de alcabalas los Reyes Católicos las dos ferias anuales, en agosto y abril, que duraban un mes, y el mercado franco de los jueves, de cuya anterior existencia hay documentos desde tiempos de D. Juan II. Desarrollóse entonces rápidamente, acrecentáronse sus pobres edificios y aumentaron los escasos vecinos; se extendió fuera de la cerca en populosos arrabales; fué uno de los grandes centros de contratación de Castilla, la principal plaza para el comercio interior, a la que bajaban a proveerse y a vender sus ganados gentes del norte: astu-

(1) «Los pobres son muchos, tienen gran necesidad, caen enfermos y mueren de hambre, y, a pesar de las limosnas, la necesidad no ha cesado: antes es mucho mayor.» «Muchas personas envergonzadas mueren de hambre.» «El tiempo no afloja, sino que está en el mismo ser de nieves y heladas; no trabajan los jornaleros e mueren de hambre, como se ve por vista de ojos e por informaciones que tenían ansi de ellos como de los curas.» (Benito Valencia Castañeda, *Crónicas de antaño tocantes a la M. N. y M. L. villa — ciudad después — de Medina de Ríoseco*. Valladolid, 1915. De esta excelente obra son también bastantes de los datos que se publican.)

rianos, gallegos y maragatos. Las calles llenáronse de tiendecitas de menestrales: plateros, latoneros, herreros, zapateros, silleros, guarnicioneros, sastres, boteros, alfareros...

Prosperó la pintoresca arriería, y hubo dinero en abundancia para los gastos de los Enríquez, harto solícitos en el pedir, para los numerosos impuestos y gabelas reales, para que los regidores se cobrasen espléndidamente de sus servicios al común, y aun para levantar templos, hospitales y conventos magníficos, en los que trabajaron los artistas más famosos que andaban entonces por Castilla: Esteban Jordán, Juan de Juni, Cristóbal Andino, Jerónimo Corral, Antonio de Arfé. Así, a fines del siglo XVI pasaba por el lugar más opulento de señorío y se le atribuían más de mil vecinos millonarios; llamábasele entonces, con hipérbole muy castellana, la pequeña India. En el siglo XVII comienza la decadencia, que se acentúa en el siguiente; 2.000 vecinos se le asignaban todavía en aquella fecha, y tan sólo 1.400 a fines del XVIII; en 1860 tenía unos 911 y 4.500 almas, y hoy alcanza a las 5.000. Su rápido declinar coincidió con el de toda la nación, y al mediar el reinado de Felipe II eran legión en ella los hambrientos. Las causas de la decadencia fueron, entre otras más hondas, las excesivas y continuas cargas impuestas a las villas por el Rey para sostener las guerras incesantes; la incautación de los terrenos concejiles con idéntico objeto, lo que trajo la hipoteca de la hacienda municipal; la despoblación del reino, producida por la miseria, la emigración y las guerras; el irse perdiendo «la agricultura de las tierras» a causa de la subida del precio de todas las cosas; el depender las cosechas de la voluntad divina, que casi todos los años se mostraba reacia en enviar el agua necesaria para que no se perdiesen, a pesar de las rogativas que con tal objeto se hacían; la visita frecuente de la langosta, «esa plaga que Dios envía», a la que se acudía con idéntica medicina; las pestilencias, que no escaseaban, y el gran descenso de las contrataciones a causa de la decadencia y pobreza de todo el reino.

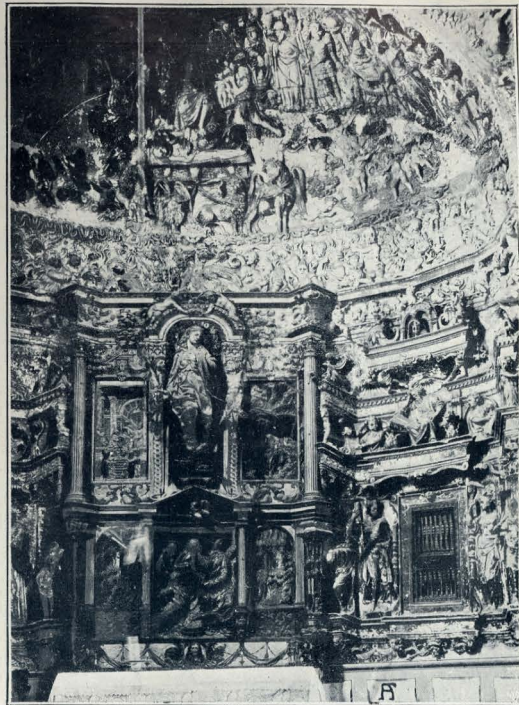
Durante el siglo pasado prosiguió la villa — convertida en ciudad por merced de Felipe IV, alcanzada mediante la entrega de buenos ducados — en igual estado de decadencia y apartamiento. Perdiéronse los viñedos, que constituían su principal riqueza agrícola; construyóse un canal, que no tiene tráfico alguno, y cruza por tierras de secano sin darlas gota de agua; las vías férreas que la unen a Valladolid, Villalón y Palanquinos no han conseguido acelerar el ritmo de su vida ni acrecentar su población; carece de industria; el comercio es mezquino y arcaico; el año que la cosecha de cereales es buena, hay una relativa holgura; en los años malos padécese hambre.

De la Medina medieval quedaba como recuerdo la pequeña iglesia románica de San Miguel de Mediavilla, convertida en ermita cuando se construyeron los grandes templos y derribada en el siglo pasado. La fortaleza, que jamás pudo tomar D. Enrique en las guerras con su hermano el Rey D. Pedro, y que más tarde fué bastión contra las Comunidades, ha desaparecido totalmente, dejando su nombre a un paseo. Antes de la exclaustración hubo cuatro conventos de religiosos: el de San Pedro Mártir, del orden de Predicadores, sirvió de cuartel de la Milicia Nacional y acabó por adquirirlo la empresa del Canal de Castilla para aprovechar



MEDINA DE RÍOSECO. — CAPILLA DE LOS BENAVENTE. EXTERIOR.

Fot. Torres Balbás.



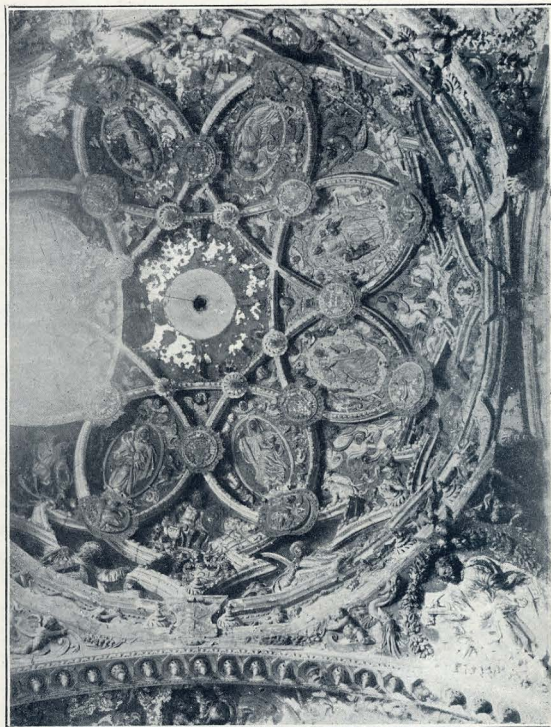
MEDINA DE RÍOSECO. — CAPILLA DE LOS BENAVENTE. ALTAR Y BÓVEDA.

Fot. F. Antón.



MEDINA DE RÍO SECO. — CAPILLA DE LOS BENAVENTE. SOBREPUESTA Y MEDIO-
PUNTO FRENTE AL ALTAR.

Fot. F. Antón.



MEDINA DE RÍO SECO. — CAPILLA DE LOS BENAVENTE. BÓVEDA.

Fot. del Centro de Estudios Históricos.



sus materiales; desaparecieron también el de Carmelitas Descalzos y el de hospitalarios de San Juan de Dios; en el de San Francisco, fundación de los Enríquez, albérganse hoy el hospital, la cárcel y la remonta. Existen aún dos conventos de monjas, uno de carmelitas y de franciscanas de Santa Clara el otro. De la época de prosperidad quedan, además de este convento de franciscanas, tres grandes templos: Santa María, Santiago y Santa Cruz, construídos entre los últimos años del siglo XV y el XVII. Desaparecieron también en el siglo pasado el palacio de los Almirantes y un gran cuartel de Caballería, que no llegó a terminarse.

Como muestra de lo que fué la villa en otros tiempos queda la calle principal, del comercio — la rúa de Castro —, con anchos soportales sobre pies derechos de madera, que resguardan de los grandes fríos del invierno y de la solanera estival. Las casas tócanse casi en la angostura de ella, y, ondulante, subiendo y bajando, tenebrosa y pintoresca, es buen ejemplar conservado — ¿por cuánto tiempo todavía? — de lo que eran las rúas comerciales de las villas castellanas.

Pero la obra artística más excelsa de Medina de Ríoseco es una pequeña capilla fundada por el «católico varón Álvaro Alfonso de Benavente», a mediados del siglo XVI, y que, adosada a la cabecera del templo de Santa María, parece aplastada bajo la gran mole de éste.

De su interior hizo un cuadro, presentado en la Exposición de 1847, Villa Amil, el pintor romántico de nuestros monumentos; después ha merecido glosas y estudios de algunos escritores que pasaron por Ríoseco: Ponz, García Escobar, Quadrado, Pardo Bazán, Martí Monsó, Antón (1).

En esta capilla el arte español dió una de sus notas más agudas y características. La planta es un cuadrado de 28 pies castellanos, con un ábside circular a oriente, que no alcanza el mediopunto. Levántase sobre una cripta de piedra, en la que se conservan las cajas conteniendo los despojos mortales del fundador y de sus familiares; exteriormente ciérrase por un muro de un renacimiento severo, a la romana, en el que se lee la fecha 1546. Por dentro, tras una bella y complicada reja de Francisco Martínez, de 1554, vense los muros y la bóveda cubiertos por decoración de estuco policromado y dorado, tan profusa y recargada, que para encontrar otra pareja hay que recurrir al famoso transparente de Toledo. No queda espacio alguno libre de complicados ornatos, prodigados en cantidad abrumadora, fuera de toda medida.

En la concha del ábside represéntase el Apocalipsis; frontero a éste, en un mediopunto, figura la creación del hombre, de relieve ambos. Aparece el Creador en el Paraíso, rodeado de toda suerte de animales; a un lado, el pecado original, la serpiente, y Adán y Eva, desnudos, probando del fruto prohibido; al otro, un ángel, con la espada en alto, expúlsalos del Paraíso; los precede la Muerte, victoriosa, desnuda, con cabeza descarnada, que muestra su júbilo danzando y rasgueando una guitarra. Debajo de esta composición y sobre una puerta hay cinco hornacinas, con

(1) Bibliografía: V. García Escobar, *La capilla de los Benavente, en la parroquia de Santa María de Medina de Ríoseco* (*Semanario Pintoresco Español*, 1849); E. Pardo Bazán, *Por la España pintoresca* (Colección Diamante, 32); Francisco Antón, *Medina de Ríoseco, Obras de Juan de Juni y La capilla de los Benavente (La Esfera)*, y las restantes obras que se citan en las llamadas.

columnas de grutescos, estípites, doseletes y torrecillas cobijando a Cristo y a varios santos y acompañado de «ángeles, conchas, mascarones, atlantes, seres grotescos, ménsulas, consolas, guirnalda de flores, amorcillos, etc.»

Enfrente, en el cascarón del ábside, preside el Dios Padre en majestad, sostenido por los cuatro animales del Apocalipsis, semidesnudo, con el cetro apoyado en la rodilla, a modo de emperador romano, dirigiendo el juicio universal. A sus pies, un esqueleto figura la Muerte vencida, y a ambos lados, en oración, se ve a la Virgen envuelta en un manto azul y a San Juan cubierto con una piel. Un numeroso séquito de figuras, que, decreciendo, pretenden fingir la perspectiva: ángeles, santos, reyes, guerreros vestidos a la romana, muertos abandonando sus sepulcros, coros de bienaventurados, llenan el resto del cascarón, y en su faja inferior distínguese, entre llamas, un revoltijo de cabezas, brazos, torsos desnudos, manos crispadas que se levantan coléricas hacia el Sumo Juez: son los réprobos, que nunca podrán alcanzar hasta Él.

Ocupa la parte inferior del ábside un bello retablo que obligó a hacer el escultor borgoñón Juan de Juni en 1557, según contrato conservado, y en los muros laterales de la capilla, a un lado, la soberbia reja de Francisco Martínez, y al otro, tres lucillos cobijando bultos sepulcrales de mármol, entre arquitecturas que imitan perspectivas, pinturas al fresco, estípites, sirenas desnudas, columnas, figuras y labores amontonadas.

Cubre la capilla una cúpula esférica rebajada, sobre pechinas, en las que aparecen los cuatro evangelistas, con nervios decorativos que dibujan arcos mixtilíneos al cruzarse y dejan un octógono en su centro, al modo mudéjar. Entre ellos figuran esculpidos los profetas de la antigua ley y los siete planetas; la profusión de ornato es tan extremada como en todo el resto de la capilla sepulcral.

Una cartela encima de un arco nos dice el nombre del autor: «HIERONIMVS CO | RAL HOC EFE | CIT OPVS», «Jerónimo Corral hizo esta obra», terminada el año 1554, según la inscripción sepulcral del fundador.

Martí Monsó (1) atribuyó a este artista la decoración de estuco, y ello parece indudable; tan sólo conocemos su nombre, y Jerónimo Corral es un enigma en nuestra historia artística. De él muy probablemente son también dos tribunas de yeso que soportaban los órganos en la iglesia de San Francisco de la misma villa.

Por la concepción teológica que comprende el principio y el fin del ciclo cristiano, la creación y el juicio universal, puede emparejarse esta obra caótica y llena de sugerencias con las portadas de las catedrales del siglo XIII, constituyendo extraña supervivencia de un lenguaje artístico desde largo tiempo abandonado. Relieves y ornatos recuerdan en detalle formas del renacimiento italiano; algunos temas, como el de la muerte insistentemente repetido, nos hacen pensar en el arte cuatrocentista del norte; la tracería de los nervios de la cúpula marca la influencia morisca, tan latente en toda la edad media española.

Lo que allí es netamente nuestro es la confusión, la desigualdad, la fecundidad de concepción unida a la mayor licencia, la fantasía exuberante, el énfasis teatral,

(1) *Estudios históricoartísticos relativos principalmente a Valladolid...*, por D. José Martí y Monsó. Valladolid-Madrid.

los grandes aciertos junto a las enormes equivocaciones; es decir, lo contrario de disciplina y clasicismo. Nuestro también en alto grado es el sistema de cubrir de ornato todas las superficies, con tal profusión y desorden, que a mediados del siglo XVI su exaltación extremosa es tan netamente barroca, como las fachadas de San Pablo y San Gregorio, de Valladolid, y Santa María, de Aranda de Duero, trabajadas cincuenta años antes en idéntica tendencia, y las que un siglo después produjo nuestro recargado churriguerismo.

La capilla de Medina cierra magníficamente un período artístico. Termina con ella la amalgama y confusión de influencias europeas y orientales que formó la trama de nuestro arte medieval. Varios años llevaba éste en la escuela de la Italia renaciente, transportando sus formas, mezclándolas con otras góticas y mudéjares, sin lograr aprisionar el espíritu del «arte antiguo» restaurado. Nueve después de terminarse la capilla de Ríoseco, en 1563, pónese la primera piedra del monasterio del Escorial, edificio en el que la solera oriental ha sido completamente olvidada, y la arquitectura española vese libre de sugestiones anteriores. En la tendencia artística, pocas obras serán tan dispares; pero en la fundación de Felipe II alienta el mismo énfasis teatral, igual exageración y falta de medida, idéntica afición a llevar las teorías hasta sus últimas consecuencias, que en la capilla sepulcral de Álvaro de Benavente.

San Miguel de Mediavilla ⁽¹⁾

Situada, como su nombre lo indica, en el centro de la villa medieval, junto a la actual iglesia de Santa María, fué durante muchos años única parroquia de Medina.

Antes parece haber sido iglesia de un monasterio fundado hacia 1132 por Romano y sus discípulos, quienes lo anejaron, con permiso de la Infanta Doña Sancha, dueña tal vez entonces del pueblo, a la abadía de San Isidoro de Dueñas, que en 1424 lo transfirió, mediante un censo, a cierta cofradía establecida en honor de San Miguel (2).

Era un modesto templo románico, de una nave, con cubierta de madera y ábside semicircular a oriente, puertas de arcos decrecientes de medio punto a oeste y mediodía, contrafuertes en el exterior de la nave y columnas adosadas en el del ábside, cornisa ajedrezada sostenida en canecillos labrados coronando los muros, y una humilde torre lisa al sur. La descripción y el grabado del *Semanario Pintoresco* que publicamos, muestran una modesta iglesia del siglo XII. Intacta la vió Quadrado hacia 1860; destruyóse por completo en 1861.

(1) V. García Escobar, *El templo de San Miguel de Media-Villa, Medina de Ríoseco. (Semanario Pintoresco Español, 1851.)*

(2) *Recuerdos y bellezas de España: Valladolid, Palencia y Zamora*, por D. José María Quadrado. Año 1861.

El palacio de los Almirantes ⁽¹⁾

Desde la constitución del Almirantazgo, en 1371, hubieron de morar los señores de Medina en la espaciosa fortaleza de la villa que señoreaba la población por el mediodía. Poseía en el siglo XVII ocho piezas de artillería, y en perfecto estado se encontraba cuando, a mediados del siguiente, se acordó demolerla, a fin de que el inmediato convento de San Francisco empleara sus materiales en la fábrica de una torre, destinándose los restantes a levantar un gran cuartel de Caballería, abandonado cincuenta años más tarde, y «al fin cada vecino usó de los restos a su arbitrio» (2).

El muy magnífico señor D. Fadrique Enríquez de Ribera (1485-1538), almirante mayor de Castilla, conde de Módice, «recio de más de lo que era menester», «de mucho ímpetu y coraje, y más amigo de desanudar dificultades con la fuerza de su brazo y la autoridad de su poder, que no con mediaciones y normas de justicia» (3), personaje de los más poderosos del reino, enemigo terrible de las Comunidades, dispuso, después del vencimiento de éstas, labrar un palacio para su aposento. «No tenía suelo, pues era señor de la jurisdicción, no del territorio. Frontero al paño de la cerca de la villa que desde la puerta de Zamora bajaba a la de Posada, lindando con el camino a Toro y Zamora, se extendía un terreno concejil amplio y de buenas proporciones, donde se hallaban la casa de tercería, una huerta y un mesón, por los cuales cobraba el Regimiento bastantes maravedíes de plata, y un albergue destinado a servicios públicos, mediando entre el expresado terreno y la muralla, a modo de casa, una callejuela. Don Fadrique, sin más acuerdo que el suyo, arrasó los edificios mencionados, se incautó de los despojos, y las ruines construcciones de antaño quedaron reemplazadas por una sola, magnífica y ostentosa. Reclamó el Regimiento de la villa pretendiendo resarcirse del valor de lo perdido, sin éxito alguno» (4). Al otro lado de la puerta de Posada levantóse al mismo tiempo por el almirante el convento de San Francisco, y, terminados, uniéronse mediante unos corredores contruídos por encima de aquélla. En el palacio pasó don Fadrique los últimos años de su vida, y terminada ésta, su cuerpo enterróse en el inmediato convento.

Debieron, pues, edificarse ambos edificios entre 1522 y 1530. «Extendíase la planta de aquél desde el ángulo meridional del muro de la ciudad, hasta cerca de la antigua puerta de la calle Mayor, sirviéndole de punto de apoyo la cortina de la fortificación. Tuvo un cuerpo de arquitectura a lo largo de la muralla y debió ser la parte principal de habitaciones. Quizás otra ala partía desde el ángulo interno e inferior de aquélla, formando martillo en dirección longitudinal de la placeta de

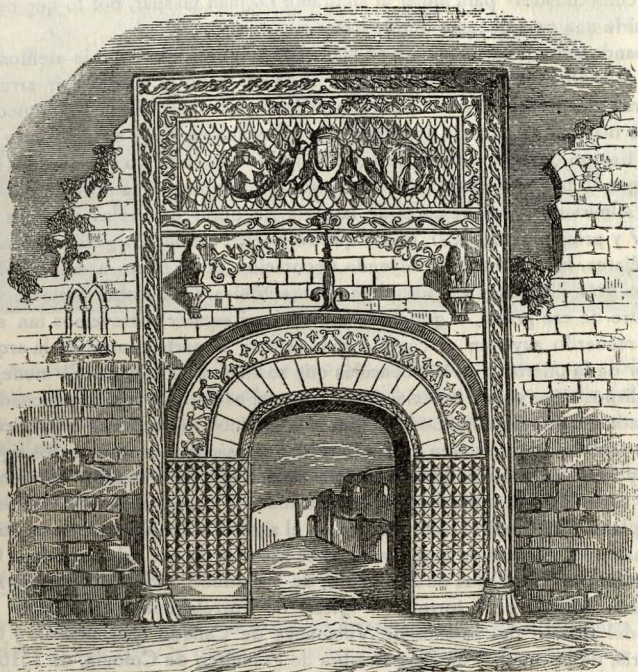
(1) Bibliografía: V. García Escobar, *El palacio de los Almirantes* (*Semanario Pintoresco Español*, 1853); *Recuerdos y bellezas de España: Valladolid, Palencia y Zamora*, por D. José M. Quadrado. Año 1861. La siguiente descripción está tomada de estos autores.

(2) Don Antonio Ponz, *Viaje de España*, tomo XII. Madrid, MDCCLXXXIII.

(3) Benito Valencia Castañeda, obra citada.

(4) Uno de los numerosos pleitos que para desarraigar los abusos implantados por D. Fadrique hubo en tiempos de su sucesor D. Hernando (1538-1542), llamóse de las muchas demandas, y en él se pedía indemnización, entre otras varias cosas, del valor del terreno y edificios ocupados para construir el palacio. (Benito Valencia Castañeda, obra citada.)

San Francisco y constituyendo la fachada del alcázar. En el punto de intersección de la escuadra estaba la portada, que desambocaba sobre el gran patio interior» (1). «Una guirnalda guarnece y otra encuadra el arco de la puerta, tan plano, que apenas puede calificarse de tal, avanzando en las enjutas dos leones con sus repisas. Figuraban arriba, entre águilas rampantes» (2), el gran escudo heráldico de los al-



Portada del derruido palacio de los Almirantes, en Medina de Rioseco.

mirantes, con la corona ducal, el toisón de Borgoña, y las águilas en sus flancos, con la bengala desnuda entre sus garras y el áncora suspendida de los cuellos, y dos bustos de relieve representando guerreros armados dentro de orlas de follaje, y veíase claveteado de pequeñas puntas de diamante todo el muro. Sobre la izquierda de la fachada notábase un lienzo de pared, con restos de la puerta que daba, desde palacio, entrada a la galería o pasadizo de comunicación con el convento de San Francisco, donde apercibíase el arranque del primer arco.

A partir del almirante D. Hernando (1538-1542), sus sucesores no parecieron casi por la villa. Residían en la corte, y tan sólo se acordaban de Medina para so-

(1) V. García Escobar, artículo citado.

(2) José M. Quadrado, obra citada.

licitar anticipos o fianzas del Regimiento con que sostener la vida de fausto y ostentación. Instábasele éste a que morasen entre sus vasallos; mas cuando lo hacían era por haber sufrido graves contrariedades en la corte. Tan sólo al morir traíanse sus cuerpos al convento de San Francisco, huéspedes forzosos entonces de la villa. Estas ausencias motivaron, sin duda, el que en 1647 el palacio no estaba con «bastantes comodidades» para alojar al almirante D. Juan Gaspar, por lo que hubo que prevenirle una casa decente donde hacerlo.

Abandonado, probablemente en manos de administradores, más atentos a acrecentar el caudal propio que a conservar el de sus señores, debióse ir arruinando. En ruinas alcanzaron a verle Quadrado y García Escobar. Hacia 1850 quedaba de él poco más que la portada agrietada y con desplomes, entre escombros y ruinas. Algún tiempo después demolióse aquélla, reduciendo a polvo sus labrados sillares.

Juzgando por el tosco dibujo del *Semanario Pintoresco*, la portada del Palacio de los Almirantes formaba parte de la serie de obras españolas de fines del siglo XV y principios del XVI, en las que se mezclan elementos góticos, renacientes y mudéjares, agrupados constituyendo decoración de un muro a manera de retablo, con gran libertad y sin disciplina arquitectónica. Como obra bastante avanzada dentro de ese grupo, el goticismo era allí muy escaso: entrevemos tan sólo un lejano recuerdo suyo en el cogollo que ostenta la parte central de la arquivolta exterior de la puerta y en las ménsulas que sostienen los leones. El mudejarismo es de disposición, y muy especialmente tiene tal carácter la faja que recuadra toda la portada a modo de alfiz. Los detalles son italianos; las escamas o imbricaciones que tan arbitrariamente sirven de fondo al blason, usáronse en Italia en los siglos XV y XVI y antes las había empleado el arte clásico (1); pero siempre cubriendo pequeñas superficies de elementos arquitectónicos u ornamentales, y raramente en fondo plano. En nuestro país decoran en el siglo XV las almenas de la Torre del Homenaje, del Alcázar de Segovia; la parte superior de una chimenea de la Cartuja de Miraflores; las fachadas de San Pablo, de Valladolid, y Santa María, de Aranda de Duero; la flecha de la torre de la iglesia de Torrelaguna; y en el siglo XVI la puerta del recinto del castillo de Villanueva de Cañedo (Salamanca), y la de la Pellejería, de la catedral de Burgos, obra de Francisco de Colonia, de 1516.

Las puntas de diamante que en Ríoseco cubrían por completo la parte externa de las jambas de la puerta, tienen también un abolengo italiano (2). En nuestra patria vense en la «casa de los Picos, de Segovia», (labrada hacia 1500, según los Sres. Tormo y el marqués del Lozoya), y, anteriormente en el palacio del Infanzado (1480-1492), de Guadalajara, y en el hoy Seminario de Baeza. Convertidas en

(1) En las cubiertas de los sepulcros de Carlo Marsupini, en Santa Cruz de Florencia, obra de Desiderio de Settignano (1455-1464); de Santo Domingo, en Bolonia, por Nicolo dall'Arca (1469-1473), y del dogo Niccolo Marcello, en San Juan y San Pablo, de Venecia; en las ménsulas que sostienen el arca sepulcral del senador Onigo, en San Nicolás de Treviso, y de los Médicis, en Florencia, obra de Miguel Ángel esta última, de 1524. De Italia pasaron al arte francés de los siglos XVII y XVIII, que empleó mucho esas escamas en obras pequeñas de artes industriales y recubriendo las ménsulas, como lo había hecho el gran artista italiano.

(2) Castillo gótico de Govone, en Finalborgo (Liguria); palacio de los Diamantes, en Ferrara (de hacia 1508); palacio Negri, en Vicenza (alternando con semiesferas); fachada de Santa Trinidad la Mayor, de Nápoles; pilastras de la del convento benedictino de Catania, y de la del palacio Thiene, en Vicenza; palacios Raimondi, en Cremona, Bevilacqua, en Bolonia (1482), y uno en la calle Publicolis, en Roma (siglo XVI). En Francia tiene decoración análoga, de cabezas de clavos, la sobrepuerta del ala de Luis XII del castillo de Blois, obra del segundo decenio del siglo XVI.



El cuartel de Medina de Ríoseco.

conchas, animan la fachada de la casa a que dan nombre, en Salamanca (1512); la de la iglesia de San Marcos, de León, y un torreón que da hoy al jardín del hotel de Cluny, en París, y en forma de semiesferas, los paramentos del castillo de Manzanares el Real.

Con elementos tan heterogéneos hizo el autor de la puerta del palacio de Río-seco, manejándolos de modo original, una obra que, si no bella, debió resultar pintoresca.

El cuartel de Caballería ⁽¹⁾

Medina de Río-seco le alzó a sus expensas, terminándose la construcción en 1751, invirtiéndose en ella 266.752 reales y 8 maravedíes. Empleóse en su fábrica parte de los sillares de la antigua fortaleza. El edificio estaba situado en las afueras de la villa, al este, entre la antigua fortificación y el río, a la derecha de la puerta de Ajujar. Su plan general era un trapezoide, con tres alas de edificio en los frentes oriental, occidental y septentrional, que formaban en el centro un espacioso patio. Las dos primeras constaban de dos cuerpos, y en sus extremos torres cuadradas dominaban la construcción. Su fachada principal, al norte, constaba de una galería de arcos escarzanos, sobre pilstras, que formaban un vastísimo pórtico de blanca sillería. Era capaz para mil caballos.

En 1804 salió del cuartel el regimiento de Dragones del Rey, última tropa que lo habitó. Después, lentamente, cada cual dispuso a su agrado de los materiales, y al mediar el siglo era una gran ruina. Hoy, arrasado por completo, muéstrase el solar en que se levantó.—LEOPOLDO TORRES BALBÁS.

(1) V. García Escobar, *El cuartel de Medina de Río-seco*. (*Semanario Pintoresco Español*, 1854.)